

## SESIÓN NECROLÓGICA

### **Sesión Necrológica en Homenaje al Excmo. Señor Don Gregorio Varela Mosquera**

Sesión celebrada el 8 de mayo de 2008



El Excmo. Sr. D. Gregorio Varela Mosquera nació el 8 de octubre de 1919 en La Coruña. Tomó posesión como Académico de Número el día 12 de junio de 1975. Falleció el 23 de noviembre de 2007. La Sesión Necrológica se celebró el día 8 de mayo de 2008. En dicha sesión participaron el Excmo. Sr. D. Manuel Domínguez Carmona, Académico de Número, el Excmo. Sr. D. Bernabé Sanz, Académico de Número y el Dr. D. Salvador Zamora Navarro, Catedrático de Fisiología en la Facultad de Biología de la Universidad de Murcia.

## **In memoriam del Excmo. Sr. D. Gregorio Varela Mosquera**

**Manuel Domínguez Carmona**

Académico de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia.

El exlibris de Marañón decía: “Si la pena es grande se la mata”. Empiezo mi disertación matando, metafóricamente, la pena que a todos nos embarga por la ausencia del Prof. Varela Mosquera, ausencia que es el precio que pagamos por haber sido y agradeciendo a nuestra Directora la profesora Miras y a la Junta de Gobierno haberme designado para participar con los profesores Zamora y Sanz, en la Necrológica de nuestro amigo y compañero el Académico Excmo. Sr. D. Gregorio Varela Mosquera. Un agradecimiento más hondo, por el deseo expresado por su viuda la profesora Moreiras y por su hijo el Prof. Varela Moreiras de que interviniera yo en este acto.

La vida es un proceso que termina en apoptosis, pues nuestra muerte está programada, decidida desde que se produjo el asombroso acontecimiento de que dos células de diferentes procedencias y propiedades, se fusionaran, en el interior de nuestra madre.

La aceptación de que lo que no percibimos de algún modo no existe, constituye un error de método. Los hombres no percibimos lo que queda de un ser humano cuando muere, pues carecemos del sentido que nos permitiría percibirlo; pero el ser humano, la persona, no se extingue con la muerte, sino que se transforma.

Nuestra Presidenta hace pocos días, con ocasión de la Necrológica del Prof. Primo Yúfera, nos destacaba que estos actos contenían aspectos alegres, pues recreaban al ser no desaparecido, sino transformado de forma que lo hace imperceptible para nuestros sentidos, pero también imperecedero.

El Prof. Sanz íntimo amigo y compañero del Prof. Varela, en las cercanías docentes de sus respectivas disciplinas, coordinador de esta sesión, me encargó que glosara la personalidad del prof. Varela, Académico

con el número 3 de nuestro escalafón, como “Comunicador de la Ciencia”, a cuyo cumplimiento he escrito torpemente estas pensamientos.

En la comunicación humana, que es cultura, intervienen estos elementos: el mensaje, el mensajero, es decir el comunicador y el receptor del mensaje. Detengámonos un poco en estos puntos.

### **1º El mensaje**

Para comunicar hay que disponer de lo que se desea transmitir. El mensaje científico que el Prof. Varela ha elaborado durante su vida ha sido la Nutrición. La nutrición que es biología que se nutre o alimenta, valgan las redundancias, de los alimentos. Pero también, es sociología y psicología. Lo que más saudade, causa al emigrante, después de sus seres queridos, tal vez de una canción, o de un paisaje, es una determinada comida que no tiene porqué ser la más exquisita que haya comido, pero es la que preparaba su madre y que tomaba la familia. Los antiguos espartanos gustaban de unas sopas que parece ser que aborrecían los demás griegos, pero era la que habían comido sus ancestros. La nutrición, el objetivo esencial de la alimentación, es la actividad a la que con la autoestima y la sexualidad, dedicamos, los humanos, la mayor parte de nuestra energía; pero aún hay más; el prof. Ortega Mata nos enseñó hace años en esta casa, la relación entre la alimentación y la farmacología y hasta los genes cuya estructura se creía inmutable, la epigenética ha demostrado que la nutrición, puede modificar la estructura y la expresión de los genes. Así la nutrición es esencial en el hombre y en su evolución. Ya se había dicho que el “comer hace al hombre” y un proverbio dice que «de lo que se come se cría». Además en la nutrición podemos encontrarnos con la metafísica. El hombre, como ser vivo tiene una estructura, a la que la bioquímica contribuye y mueve. Un coche funciona gracias a la energía que libera la combustión de la gasolina, pero solo después de que la chispa del contacto haya iniciado esa combustión. Miller solo logró sintetizar metano a partir de carbono y de hidrógeno mezclados en un matraz cerrado, hasta que le aplicó una descarga eléctrica. Es decir la vida además de bioquímica, de fisiología y de sociología, requiere algo que se nos escapa, ese algo que

reunió partículas, para formar núcleos, que a su vez formaron átomos y estas moléculas y así sucesivamente. Ese algo que en el mito clásico de Pigmalión fue el beso enamorado que transformó a una estatua en una mujer, o el soplo de Jehová que convirtió a una masa de barro en hombre. Ese impulso inicial de la vida, luego se perpetúa en la reproducción, en la que toda célula procede de otra célula, transmitiendo el impulso primigenio. "Omnis celula est celula" como enunció Virchow. La célula, la unidad de la vida, cuya reunión anatómica y funcional, determina una nueva realidad de la vida el ser vegetal o animal. Una vez puesta en marcha, la biología necesita aportes, que adquiere del ambiente, es decir de fuera de nosotros, ambiente en el que están la gravedad y las radiaciones, pero sobre todo la nutrición, es decir el conjunto de los procesos de ingestión, absorción, transformación y utilización de los alimentos por el organismo para formar nuestra estructura y darnos la energía necesaria para las funciones de homeostasis, de crecimiento y reproducción, funciones que la evolución pacientemente ha ido desarrollando en una compleja y prodigiosa red de reacciones.

Todos los que estamos aquí, hemos hecho investigación pero quiero destacar la gran diferencia entre la investigación básica en la que se trabaja con clones de bacterias o de células o con camadas de animales todos iguales en los que se observa las modificaciones que el diseño de la investigación desea conocer, para lo que deja bacterias, células animales como controles, pero traspasar la investigación a los estudios epidemiológicos, en los que los probandos no son homogéneos y a los que por razones éticas no se les puede someter a riesgos sino solo observar lo que ocurre naturalmente. A esto añadamos las dificultades inherentes a tener que tomar los datos a través de las informaciones de las personas que forman el estudio. Gran parte de las investigaciones del Prof. Varela y de su grupo investigador, en el que armoniosamente se integra su familia, ha sido conocer lo que las personas, las familias, comen. Yo he querido hacer alguno de esos estudios, la mayoría coronados con el fracaso; el que me dejó más herida, fue el proyecto de conocer la parasitación con nematodos de los habitantes de una aislada comarca gallega que carecía de retretes, a cuyo fin solicitábamos no dinero, ni tiempo, ni información directa etc., sino solo un pequeño fragmento de heces, metidas en un frasco que les suministramos junto con una espátula para su recogida, asegurándoles

el suministro gratuito de la medicación a las personas parasitadas. No pudimos conseguir las “valiosas muestras” de aquella población, porque nos faltó comunicabilidad. Para hacer encuestas alimentarias para conocer lo que comen las personas, hay que revisar la despensa, indagar cómo preparan las comidas, pesar los desperdicios etc., datos que el prof. Varela con sus colaboradores, conseguían con facilidad. Era la comunicabilidad de la que yo evidentemente adolecía.

En el caso del Prof. Varela, el mensaje que ha comunicado durante toda su vida, es múltiple, mejor dicho proteico, pero quiero destacar como resumen de todos ellos, la llamada “Dieta mediterránea” cuyos beneficios conoce todo el mundo y aunque una cosa es saber y otra cumplir, el conocimiento universal de esa dieta ha mejorado la salud de la población más que mil medicamentos.

## **2º Receptor del mensaje**

El éxito de la comunicación es que el mensaje se haya integrado en los destinatarios. La comunicación humana no supone fotocopiar el mensaje en el cerebro. El receptor del mensaje debe incorporarlo a su persona debe aprehenderlo y hacerlo propio.

Para lograr esa integración hay que sazonar el mensaje, hacerlo interesante. Paradoja o boutade solo el que sabe aprende. El interés para el receptor es la coincidencia con los intereses y motivaciones del receptor. Un ejemplo: recordamos más fácilmente lo que nos deben que lo que debemos y el mal que nos han hecho que el que hacemos. Los docentes utilizamos las calificaciones para motivar a los alumnos.

La integración es un mecanismo también biológico o si se quiere psicológico, para lo que se requieren dos hechos.

El primero es que llegue el mensaje al cerebro, desde las antenas que son los sentidos, que transmiten la información a los axones de las células piramidales de Purkinje de la corteza prefrontal, asociada al razonamiento, y segundo, es imprescindible que llegue simultáneamente o casi simultáneamente al cerebro, otro tipo de estímulos, no captados por los sentidos, sino a través de otra vía nerviosa, la motivación del receptor.

El interés del receptor se relaciona más que con la recompensa, que puede ser el placer de aprender, con la anticipación de la recompensa y con la incertidumbre en lograrla. La importancia de ese interés fue comprobado en la Universidad de Emory, durante las elecciones de 2004 en EEUU, al encontrar que cuando hablaba el candidato preferido, las imágenes de resonancia magnética funcional, mostraban que se activaba la corteza frontal orbital, relacionada con las emociones, en los votantes de su partido. El circuito nervioso de Papez comprende el sistema límbico y el hipocampo, en donde radican con los instintos las emociones, nuestros interés y motivaciones.

Entre los estímulos ajenos al contenido del mensaje, figuran el ambiente en el que se desarrolla la comunicación como su confort y su belleza, pero el activador esencial de esa vía es la personalidad del comunicador. En este punto el Prof. Varela tenía Matrícula de Honor. Gregorio era un comunicador nato, aunque no lo supiera, ni quisiera. Como el personaje de nuestra literatura que hablaba en prosa sin saberlo. Tenía el don de la alegría, de lo lúdico. Es fácil estar alegre en las fiestas, pero lo importante es ser alegre en las contrariedades y en el trabajo, aunque éste como dice su etimología conlleve *tripalium*. Este año de 2008, se ha querido instituir el 1 de abril como Día Internacional de la Diversión en el Trabajo. El trabajo, no debe ser ocasión de diversión y menos de charlotada como parece que se ha desarrollado, pero sí de alegría. Los griegos encarnaban en la “areté” la totalidad de la persona, su calidad, su clase diríamos hoy, La areté del Prof. Varela era extraordinaria; tenía gracejo, un modo de hablar peculiar, algo entrecortado, propio del que quiere transmitir a más velocidad de lo que permite la fisiología fonatoria, un magnífico sentido del humor que juega un papel decisivo, sentido del humor que habría crecido en la trayectoria del Prof. Varela por la piel de toro, Galicia, Granada, Madrid. Esta alegría y este humor dejaban ausentes la monotonía y sobre todo el aburrimiento. Además Varela tenía talento, aquello que Flaubert, consideró que era una larga paciencia, entusiasmo, simpatía y optimismo porque infundía ilusión, entusiasmo, vocación y pasión. Tenía “la conciencia tranquila y la inteligencia intranquila” como aconsejaba Neruda.

La capacidad de comunicar es el resultado de múltiples pertenencias, como la de tener una profesión, un ideario, una religión, una ge-

neración, un equipo de fútbol. La pertenencia a una tierra forma parte de la personalidad, que no depende como pueda parecer del hecho de haber nacido en un determinado territorio, ni de haber vivido mucho tiempo en uno determinado, sino de haber recibido y aceptado, como hace una planta de la tierra que lo sustenta los nutrientes de su personalidad. Gregorio era gallego, había nacido en Galicia y vivió su infancia y juventud en Galicia, se notaba en los acentos de su voz, en los modismos de sus palabras, en su pragmatismo, en su bonhomía y en su sensatez.

Ser gallego no quiere decir que se desprecie o se ignore a los que no lo son, ni siquiera sentirse como tal, como quiere el sentimentalismo nacionalista, sino un modo de insertarse en la humanidad. Para Gregorio, para mí y para muchos el territorio es el vehículo para ayudar a los demás habitantes del planeta Tierra, para ser hermano de los demás. Por muchos millones de años que hayan transcurrido toda la humanidad ha tenido un antepasado común o tal vez dos. No podemos conocer, ni ayudar y menos aun amar a todos los individuos de la humanidad, hemos de achicar nuestro ámbito como el astrónomo achica su campo de observación, ampliando lo que motiva su interés, y en el caso al que me refiero, haciéndolo próximo, es decir prójimo, en primer lugar a nuestra familia, después a nuestro pueblo, a nuestra región (no digo autonomía que es concepto administrativo), a nuestra patria, a nuestra ámbito cultural, el democrático y cristiano de Occidente pero repito que lo fundamental son los demás, los otros seres humanos y así en este sentido era gallego nuestro amigo Gregorio.

El Prof. Varela tenía carencias importantes, no tenía pereza, ni desánimo, ni amargura, ni egoísmo. Gregorio Varela era un hombre generoso que se daba a todos y lo hacía ampliamente, hasta con estruendo. Hoy se concede la generosidad a una gran longitud del gen AVPRI descubierto en 2005 que al expresarse posibilita que la vasopresina genere satisfacción cuando se crean vínculos sociales y afectivos y cuando se actúa con altruismo. Pero ese mecanismo genético nos predispone pero no nos rige ya que está sujeto a nuestra voluntad. Gregorio era generoso aunque su AVPRI fuera corto. Todo ello condujo al prof. Varela a ser un maestro en el que concitaba la sencillez con el rigor, temple, entusiasmo, responsabilidad y brillantez.

### 3º La transmisión del mensaje.

Los antropoides primitivos apenas se comunicaban, solo transmitían avisos de amenazas pues carecieron durante millones de años de memoria, que lenta, muy lentamente se fue desarrollando. La memoria incipiente proporcionó códigos de señales, gestos y sonidos articulados que permitieron comunicar a otros congéneres información, ideas y hasta sentimientos. Este hecho hizo que las plantas, los animales y las cosas tuvieran realidad, porque tenían nombre.

Los mensajes se solificaron en la piedra o en el barro cocido mediante ideogramas, símbolos visuales que posteriormente pasaron a símbolos fonéticos, a fonemas, con la escritura sobre soportes de pergamino, papiro o papel que fijaron la palabra, a la que la imprenta hizo perdurable y que la radio y la televisión globalizaron apoyados por la moderna tecnología informática. Refiriéndose a la escritura, que se debe extender a todos los medios, Platón exclamaba “¡Apariencia de sabiduría y no sabiduría procuras a tus discípulos, que habiendo oído hablar de muchas cosas sin instrucción, darán la impresión de conocer muchas cosas, a pesar de ser en su mayoría unos perfectos ignorantes...!”

La transcriptación de los sonidos emitidos por la garganta en un código, es decir, en palabras, es un logro de la humanidad que forma el mensaje, símbolo fonético, que encierra el significado de lo que la palabra pretende transmitir. El ideal de la palabra es que defina completa y exactamente la realidad. No estoy de acuerdo con Borges cuando quería que en las letras de la palabra rosa estuviera la rosa misma, pues ello significaría magia. Sí asumo estos versos de Juan Ramón Jiménez que reproduzco aquí conservando su peculiar ortografía:

*¡Inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas!  
Que mi palabra sea la cosa misma, creada por mi alma nuevamente.  
Que por mí vayan todos los que no las conocen a las cosas;  
que por mí vayan todos los que ya las olvidan, a las cosas;  
que por mí vayan todos los mismos que las aman, a las cosas...  
¡Inteligencia, dame el nombre exacto, y tuyo, y suyo, y mío, de las cosas!».*

Al Prof. Varela su inteligencia, ahora con la letra “g”, le había otorgado el don de dar el nombre exacto a lo que quería decir, de



modo que su discurso era claro e iba directo a su fin; quien oía sus palabras, sabía lo que había dicho. La comunicación de lo que se ha descubierto, pensado o hasta creído, nos hace, más que individuos, partes de ese conjunto formado por los otros, por los demás formando una red de comunicación en la que cada uno de nosotros, somos nudos de esas redes, semejante a la que forman las vías de señales en el citoplasma. Se ha constituido una nueva unidad, que es la Humanidad en la que no nos diluimos, sino en la que seguimos siendo personas, responsables y sin que nada humano nos sea ajeno. Esta unidad hace que la Humanidad, no sea una anécdota sino una unidad que en lo religioso se eleva a la “comunidad de los santos”.

Si en el contenido del mensaje es importantísimo, su comunicación por la palabra, sigue siendo básica. El Prof. Varela conocía y manejaba el español con naturalidad, con precisión y con belleza. Es grave, yo diría terrible, la corrupción del lenguaje especialmente en los jóvenes, es decir en los educadores del inmediato futuro. La comunicabilidad de Gregorio era libre, espontánea, acompañando a su verbo sus movimientos y sus gestos. Sabía despertar la curiosidad y el espíritu crítico y mostraba la utilidad, los beneficios, en suma la recompensa, que para los que recibían sus mensajes reportaría el haber apresado, aprendido su contenido.

El Prof. Varela presentaba su mensaje de un modo perfecto para que pudiera ser recibido de forma clara, sin posibilidad de errores con un lenguaje claro pero sobre todo con libertad, valor espiritual, en el que se basa la moralidad. Para Kant, el imperativo de la moralidad era también el de la libertad, que nos permite escapar al determinismo de la naturaleza humana. La trascendencia de la libertad espiritual cuando se comunica Ciencia, da seguridad al contenido del discurso, que para Varela no estaba coartado por ninguna circunstancia sino por sus propios criterios. Esta libertad en la transmisión de la Ciencia de Varela era enormemente eficaz para destacar sus mensajes pero aún más importante es que comunicaba la trascendencia social de la libertad y dentro de ella en la salud, el objetivo de todos nosotros, de nuestra Academia pues la libertad es un componente imprescindible de ese estado de bienestar al que Stampar, equiparaba la Salud y que por su importancia retomó la OMS en el Preámbulo de su Constitución.

Más importantes que sus clases y conferencias en esta casa, es su contribución a la amistad. No se si lo recogen nuestros Estatutos, pero sin duda un resultado de nuestra pertenencia a la Real Academia Nacional de Farmacia es la amistad que se fragua entre nosotros. En esa tarea, también el Dr. Varela ha sido un catalizador extraordinario. No hace falta que Cicerón en su Tratado sobre la amistad dijera que “Un amigo es un segundo yo”. En esta casa somos amigos, no solo los Académicos, sino todos los que aquí trabajan, y los que asisten a nuestros actos. Gregorio infundía amistad por todos sus poros, su risa, su semblante abierto, y su modo de hablar. Hemos de recoger ese espíritu de Gregorio e incorporarlo a la Academia, y especialmente a las “tertulias” de Antonio Martínez.

Recordemos ahora el futuro aunque Hawking, el famoso físico inglés negara esa posibilidad. No concibo un Cielo de felicidad perpetua, ni la quiero para mí, sin nada que hacer, sin amigos. Pero sabemos que en el Cielo hay numerosas estancias, en alguna de las cuales los jueves me gusta anticipar que habrá Sesiones científicas, algunas tardes tertulias y siempre amistad. Habrá un sillón 29, de nuevo ocupado por el Prof., Varela. A la inmortalidad de la obra hay que añadir la del recuerdo de los discípulos, de los amigos y de la familia, pues como decía Eugenio D’Ors “las horas pasan, la vida pasa, solo queda la obra bien hecha” y la obra científica y personal del Dr. Varela está muy bien hecha.

Termino. He hablado de quien admirábamos y queríamos. He prestado a mi voz a lo que todos hubierais dicho mucho mejor, pero sé que en los sentimientos fraternales que exponemos públicamente aquí estamos todos abrazados.

Mi pesar confiado, que es el de la Real Academia de Farmacia a la familia del Prof. Varela a su viuda la Profesora Olga Moreiras, amiga y compañera tan querida y admirada en esta casa. Un matrimonio unido por una vocación semejante, la alimentación proceso indisolublemente unido al contiguo de la nutrición y por el Amor. Nuestro sentimiento a Gregorio, hijo del Prof. Varela Moreiras, Catedrático de la Universidad San Pablo CEU quien fue mi decano, en la polimorfa Facultad de Ciencias Experimentales y Técnicas, antes de que se disgregara en varias Facultades entre ellas las de Farmacia, Medicina, y la de Tecnología y Ciencia de los Alimentos. De mi estan-

cia y convivencia en aquella Universidad con alumnos y profesores guardo un maravilloso recuerdo.

Asociamos por razones de contigüidad la muerte con el cadáver. Estamos equivocados. La relación del cadáver con la persona fallecida (tan importante para conocer la causa de la muerte) es la misma que la del traje que dejó en el armario. Ese cadáver se descompone y despersonaliza. En cambio el recuerdo, la recreación y la oración hacen que vivamos en los demás y los otros en nosotros. Yo doy existencia cuando veo, oigo, huelo, toco o simplemente percibo la presión del aire cuando se mueve alguien. Si yo no tuviera esas facultades ese imaginado otro no existiría. Pero si recreamos, juntos, a nuestros seres queridos, a nuestros compañeros de viaje en esta Academia, los estamos dando igualmente vida. Pienso que a Gregorio le gustará saborear los versos de su paisano Celso Melio Ferreiro:

*“Máis o lume que alampea  
xamais o veredes morto”.*

He dicho.